

Dos hijas casadas
GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANJERO.

POR
LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

15

Marcela, ó já cuál de los tres?
 Un tercero en discordia.
 Un novio para la niña.
 Otro diablo predicador.
 Me voy de Madrid.
 La redaccion de un periódico.
 Las improvisaciones.
 Una de tantas.
 Muérete y verás.
 El amigo mártir.
 Todo es farsa en este mundo.
 D. Fernando el emplazado.
 Medidas estraordinarias.
 El poeta y la beneficiada.
 Ella es él.
 El pró y el contra.
 El hombre gordo.
 Flaquezas ministeriales.
 El hombre pacífico.
 El qué dirán.
 Un dia de campo.
 El novio y el concierto.
 No ganamos para sustos.
 Bellido Dolfos.
 ¡Una vieja!
 El pelo de la dehesa.
 Lances de carnaval.
 Pruebas de amor conyugal.
 El cuarto de hora.
 La ponchada.
 El plan de un drama.
 Dios los cria y ellos se juntan.
 Cuentas atrasadas.
 Mi secretario y yo.
 ¡Qué hombre tan amable!
 Los hijos de Eduardo.
 Engañar con la verdad.
 Los primeros amores.
 Á la zorra candilazo.
 El amante prestado.
 Un paseo á Bedlan.
 Mi tío el jorobado.
 La familia del boticario.
 El segundo año.
 La loca finjida.
 No mas muchachos.
 Mi empleo y mi muger.
 La primera lección de amor.
 Lo vivo y lo pintado.
 La pluma prodigiosa.
 La batelera de pasages.
 La mansion del crimen.
 La escuela de las casadas.
 El editor responsable.
 ¡Estaba de Dios!
 Blanca de Borbon.
 Carlos II el hechizado.
 Rosmunda.
 D. Alvaro de Luna.
 El entremetido.
 Un novio á pedir de boca.
 Un frances en Cartagena.
 Por no decir la verdad.

Rodrigo.
 Carlos V en Ajofrin.
 Cuidado con las novias.
 Un monarca y su privado.
 El dia mas feliz de la vida.
 El vigilante.
 La escuela de los viejos.
 El vaso de agua.
 Un casamiento sin amor.
 Matilde.
 D. Trifon.
 Masaniello.
 Atrás!
 Guzman el bueno.
 El Trovador.
 El page.
 El rey monje.
 Magdalena.
 El bastardo.
 Samuel.
 Dandolo.
 El encubierto de Valencia.
 Batilde, ó América libre.
 Margarita de Borgoña.
 La pandilla.
 D. Juan de Marana.
 Caligula.
 Zaida.
 Juan de Suavia.
 El caballero leal.
 El premio del vencedor.
 Gabriel.
 Las bodas de doña Sancta.
 Los amantes de Teruel.
 Doña Mencia.
 La redoma encantada.
 La visionaria.
 Los polvos de la madre Celestina.
 El amo criado.
 Ernesto.
 El barbero de Sevilla.
 Alfonso el Casto.
 Primero yo.
 El abuelito.
 El Bachiller Mendarias.
 Macias.
 No mas mostrador.
 Roberto Dillon.
 Felipe.
 Un desafio.
 Arte de conspirar.
 Partir á tiempo.
 Tu amor ó la muerte.
 D. Juan de Austria.
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
 Tanto vales cuanto tienes.
 Solaces de un prisionero.
 La morisca de Alajuar.
 El crisol de la lealtad.
 Finezas contra desvios.
 Guillermo Tell.
 El gran capitán.

El desengaño en un
 Mas vale llegar á tie
 Ganar perdiendo.
 Cada cual con su raz
 Lealtad de una muge
 El zapatero y el rey
 Apoteosis de Caldero
 El zapatero y el rey
 El eco del torrente.
 Los dos vireyes.
 La corte del Buen-Re
 Bárbara Blomberg.
 D. Jaime el conquist
 Higuamiota.
 La anrora de Colon.
 El conde D. Julian.
 Cerdan, justicia de A
 Contigo pan y cebolla
 Tal para cual.
 Las costumbres de an
 El jugador.
 Del mal el menos.
 Toros y cañas.
 Quien mas pone pier
 Rivera.
 El rigor de las desdic
 Las simpatias.
 El diablo cojuelo.
 Las ventas de Cárden
 Dos validos.
 La tumba salvada.
 El Tasso.
 Acertar erranco.
 Hacerse amar con pel
 Shakespeare enamora
 Máscara reconciliador
 El testamento.
 El gastrónomo sin di
 Miguel y Cristina.
 La vuelta de Estanisl
 Las capas.
 Un ministro!!!
 Quiero ser cómico.
 El ambicioso.
 Marino Faliero.
 El marido de mi muge
 Jacobo II.
 El rey se divierte.
 La muger de un artist
 La segunda dama dñen
 Un alma de artista.
 Una ausencia.
 Mateo.
 Amor de madre.
 El honor español.
 La sociedad de los trece
 Los perros del monte
 Bernardo.
 El héroe por fuerza.
 Bruuo el tejedor.
 De un apuro otro mayo
 Empeños de una vengan
 ¡Es un bandido!

DOS HIJAS CASADERAS.

COMEDIA EN UN ACTO,

arreglada al teatro español

POR

Don Ramon de Navarrete.

Estrenada en el teatro del Príncipe el día 13 de Junio
de 1847.



MADRID:

IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

—
1847.

PERSONAS.**ACTORES.**

DOÑA JUANA.	<i>Doña Gerónima Llorente.</i>
ADELA. } <i>Sus hijas.</i>	<i>Doña Mariana Chafino.</i>
ROSA. }	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
DON DIMAS, padre de doña Juana.	<i>Don Pedro Lopez.</i>
DON MARIANO, propietario. . .	<i>Don Mariano Fernandez.</i>
DON EDUARDO, gefe politico. .	<i>Don José Díez.</i>
JOSÉ, criado.	<i>Don Mariano Muñoz.</i>

La escena es una quinta perteneciente á Doña Juana, en las inmediaciones de Guadalajara.

Esta comedia es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

DECORACION.

El teatro representa un salon que sale al jardin: una puerta en el fondo, y dos laterales. A la derecha una mesa con recado de escribir. En segundo término y al mismo lado una ventana que dá al campo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, ADELA, ROSA, y JOSÉ.

(Al levantarse el telon, Adela está leyendo, sentada junto á una mesa: Rosa en el lado opuesto cose.)

Juana. (Saliendo por la derecha, y llamando.) José, José!

José. (Saliendo por el fondo.) Aquí estoy, señora.

Juana. Gracias á Dios! Una hora hace que te llamo!

José. Estaba limpiando el villar, segun usted me mandó.

Juana. No tal, te dije que sacases la vajilla.

José. Pues voy allá.

Juana. Pero ante todo es menester que te pongas tu mejor vestido.

José. Muy bien, señora. *(Va á marcharse.)*

Juana. José... oye... no, no te lo pongas.

José. Como usted guste; solo que quisiera saber á punto fijo...

Juana. No gusto de esplicaciones... Vete. (*Vase José.*) A decir verdad, no sé lo que me pasa... lo cual es muy natural en un dia como este. (*Acercándose á Adela.*) Cómo, niña, estás ahí leyendo muy tranquilamente en vez de pensar en vestirme? Y qué lees? Alguna novela sin duda, para llenarte la cabeza de ideas quiméricas, que te hagan odiar á tu futuro?

Adela. No lo tema usted mamá, estoy leyendo *Matilde*, ó *Memorias de una muger del gran mundo*.

Juana. Ya! Pero tú no eres todavia muger, no eres mas que una jóven. Y tú, Rosita, en qué piensas?

Rosa. No pienso, mamá; estoy guarneciendo esta pañoleta que debe ponerse mi hermana.

Juana. (*Cogiendo la pañoleta.*) Veamos! Ay Dios mio!... Qué mal cosida está! Qué frunces tan desiguales! Y luego sin gusto, sin... Es mucha desgracia, cuando todos en casa estamos tan ocupados, no poderte confiar el trabajo mas insignificante. Con que ese es el interés que te tomas por la boda de Adelita?

Rosa. Al contrario, mamá, no puede usted imaginarse lo que celebraré que su casamiento se realice. (*Aparte.*) Cómo que han jurado no casarme hasta despues que ella lo esté.

Juana. (*Mirando un reló.*) Las doce ya! Y el marqués de Fuente Blanca que no viene!

Adela. (*Levantándose.*) En efecto, es estraño...

ESCENA II.

Dichas, DON DIMAS.

Rosa. (*Viendo á don Dimas.*) Aquí está el abuelo. (*Corre á él y le toma afectuosamente la mano.*)

Juana. Y bien, papá, trae usted noticias? Ha visto usted á alguien, ó divisado algun coche?

Dimas. (*Confuso, y con una carta en la mano, que arruga, y hace por ocultar.*) No... no he visto... no he divisado nada... pero he recibido una carta...

Juana. Del marqués?

Dimas. Del mismo... que no vendrá.

Juana. No vendrá? Y por qué?

Dimas. Ah! Por qué... por qué...

Juana. Se disculpa? Vacila?

Dimas. No vacila... rompe decididamente!

Juana. Gran Dios! No puedo creerlo!

Adela. (*Fingiendo tranquilidad.*) Pues á mi no me sorprende!

Rosa. Ni á mí tampoco! (*Aparte.*)

Adela. (*Con desden.*) Porque ya que es preciso confesarlo, yo habia adivinado en el marqués un alma fria y vulgar. Nunca habria existido entre él y yo la menor simpatia.

Dimas. Eso es justamente lo que él dice. Además, se queja de que el dia que vino aquí, trataste siempre de ponerle en ridículo delante de todo el mundo.

Adela. Era inútil que yo lo intentase: bastaba con dejarle hablar.

Dimas. Sea enhorabuena; pero mira, chiquita, te lo he dicho cien veces, y te lo repetiré aun; si quieres casarte, es menester que no espantes á todos los maridos...

Adela. A todos los maridos, porque ese fátuo?...

Dimas. Si fuese el único! Mas por desgracia ya contamos una coleccion respetable...

Juana. Una coleccion?... Papá!...

Dimas. Ciertamente... y lo peor es que siempre se lleva el diablo mis planes. Yo contaba ya de tal modo con el marqués, que me habia ocupado de Rosita, y escrito á... á alguno que viniese hoy mismo.

Juana. (*Con curiosidad.*) A alguno? Y á quién?

Dimas. (*A pesar de Rosa que le tira del frac.*) A D. Eduardo Gonzalez.

Juana. Y debe venir hoy?

Dimas. Contaba presentártelo dentro de poco.

Juana. Y qué mal hay en eso? Yo no conozco al Señor Don Eduardo, aunque me han hecho de él los mayores elogios. Adela, hija mia, vé corriendo á acabar de vestirte. Toma esta pañoleta.—Es menester recibir á D. Eduardo con todas las atenciones que merece... y aun cuando no fuese mas que para probar al marqués...

Rosa. (*A don Dimas.*) Ay abuelo! Qué ha hecho usted?

Dimas. (*Bajo á Rosa.*) Tranquilízate; voy á procurar enmendar mi yerro! (*Alto.*) Hija, se trata de otra cosa mucho mas importante.

Juana. Mas importante? Eso es difícil!

Dimas. He encontrado uno que quiere comprar tu hacienda

de Torija, de la que tienes tantas ganas de deshacerte. Es un propietario de las cercanías... un hombre acomodado...

Juana. (*Vivamente.*) Soltero?

Dimas. No lo sé... le espero de un instante á otro.

Juana. Bien, usted le verá... usted arreglará eso.

Dimas. Tú eres quien debe...

Juana. Si me fio enteramente en usted!

Dimas. Pero...

Juana. Lo primero es mi hija, mi hacienda despues. Adela, mira, yo misma quiero vestirte... Papá, cuando llegue Don Eduardo, avíseme usted corriendo por Dios. Con que, vamos, niña. Jesus! Cómo te echas adelante hoy! Anda derecha, anda derecha, tú que tienes un cuerpo como un querubin. (*Vase con Adela.*)

ESCENA III.

ROSA, DON DIMAS.

Rosa. Ay abuelito! Qué falta ha cometido usted!

Dimas. Ya lo conocí, aunque demasiado tarde.

Rosa. Por mas que yo le hacia á usted señas, nada, usted como si tal cosa. Qué inesperto; qué chiquillo es usted! Si señor, sí, estoy muy descontenta.

Dimas. Mas lo estoy yo. Pero si te he disgustado, hijitania, hagamos las paces, y facilítame un medio de reparar mi error.

Rosa. Un medio... un medio... Cómo si fuese tan fácil! Además, me parece que usted es el que debía...

Dimas. Tienes razon, así es que lo busco... (*Con pausa.*) y no me ocurre nada.

Rosa. Ya há tiempo que he advertido que no es usted muy hábil para inventar expedientes...

Dimas. Sabes que es poco lisonjero lo que me dices, pica-ruela, y que si me enfadara?...

Rosa. Enfadarse usted conmigo? Cá! Qué apostamos á que no? Es usted tan bueno! Vaya, sepa usted que yo he encontrado ese medio... y es muy sencillo. Siéntese usted, y escriba á D. Eduardo un billetito invitándole... á que no venga.

Dimas. Es verdad!... Y yo que no habia caido!... (*Se sienta y escribe.*)

Rosa. Espere usted, abuelo! Dios mio! Qué aturdido es usted!

Dimas. Siempre me estás regañando!

Rosa. Es muy importante que diga usted á Eduardo la razon por la cual no debe venir.

Dimas. (*Escribiendo siempre.*) Seguramente.

Rosa. Y el peligro á que se espondrá si contraviniese esta orden.

Dimas. Un peligro inminente! A casarse con la mayor en vez de la menor... lo que seria un chasco, sobre todo cuando dicha menor es tan graciosa, tan linda como mi Rosita.

Rosa. Ay abuelo! Usted me echa á perder... Aunque confieso que me gusta mucho oirle á usted.

ESCENA IV.

Dichos, DON EDUARDO.

Eduardo. Señorita...

Rosa. (*Asustada al verle.*) Don Eduardo! Somos perdidos! Qué desgracia! Por qué ha venido usted tan pronto?

Eduardo. Si no hubiese escuchado mas que á mi corazón, habria llegado antes, porque la carta que me escribió el Sr. D. Dimas...

Rosa. Sí, sí, en este momento le escribia á usted otra...

Eduardo. Otra?

Rosa. Váyase usted por Dios... bien sé que es una impolítica... pero váyase usted!

Dimas. (*Levantándose y enseñándole la carta.*) Si señor... márchese usted... Yo estaba esplicándole ahora...

Eduardo. (*Tomando la carta.*) Deme usted... al menos sepa yo... (*Despues de haber leído.*) Cómo! Será cierto? Con que este es el motivo?

Dimas. No hay otro.

Eduardo. Ahora comprendo...

Rosa. Gracias á Dios!

Eduardo. Qué fastidio! Y yo que venia animado por la esperanza... yo que gozaba solo con pensar en la buena noticia que tenia que anunciarles á ustedes... Porque

he obtenido el empleo que pretendia... y ya soy jefe político de Guadalajara.

Dimas. (Con alegría á Rosa.) Jefe político!

Rosa. Razon doble para que se vaya.

Dimas. En efecto, el peligro es mas grave.

Eduardo. De veras?

Dimas. Ya lo creo! Un funcionario público! No le dejarian á usted escapar!

Eduardo. Entonces me resigno... y quiera el cielo que pronto... Ah! Se me olvidaba! En mi confianza, creí poder permitirme ofrecer á Rosita y á su mamá... algunas bagatelas...

Dimas. Sí, los regalos de costumbre...

Eduardo. He dado orden de que los traigan aquí... con que usted los recibirá.

Dimas. Vaya usted tranquilo: yo los guardaré.

Eduardo. A Dios, señorita.

Dimas. A Dios... y márchese usted pronto.

Rosa. (En voz baja con espanto.) Ya es tarde! Mamá viene!

Dimas. (Lo mismo.) Mi hija! (A Eduardo.) Y no puede usted salir sin que le vea!

Rosa. (Como inspirada.) Me ocurre una cosa! No debe venir hoy por la mañana un propietario que quiere comprar la hacienda de Torija?

Dimas. Y qué?

Rosa. Mamá no le conoce, así como no conoce tampoco á Don Eduardo... Con que se le presenta usted cual si fuera el otro.

Dimas. Quieres que yo?...

Rosa. Sin duda.

Dimas. En efecto, la idea no es mala, y ya verás, ya verás como...

ESCENA V.

Dichos, DOÑA JUANA.

Dimas. Llegas á propósito, hija mia. Justamente iba á buscarte para...

Juana. No acabe usted, papá. Por el bello retrato que usted me hacia poco antes...

Rosa. (*Bajo á don Dimas.*) Dígala usted pronto...

Juana. Hubiera reconocido á este caballero, y adivinado el motivo que le trae á esta su casa.

Dimas. (*A quien Rosa le dá con el codo.*) Sí, hija: como tú dices, el señor viene con intencion... de comprar tu hacienda.

Juana. (*Con sorpresa y desdén.*) Cómo!... Solo por eso?...

Dimas. Sí... solo por eso. (*Bajo á Eduardo.*) Vamos, apóyeme usted... hable!... Fínjase el comprador!

Eduardo. En efecto, señora... de repente me ha ocurrido la idea de esa adquisicion... por casualidad... Recorria yo las cercanías, cuando la vista de un edificio algo arruinado, segun creo...

Juana. (*Secamente.*) Perdone usted, señor mio: hace seis meses que le he hecho renovar.

Eduardo. Será que yo le ví de lejos... pero los bosques me parecieron magníficos...

Rosa. (*Bajo á Eduardo.*) Si no hay bosques! Si son tierras de labranza!

Juana. Para evitar toda equivocacion, vamos papá y yo á hacerle ver á usted en todos sus detalles...

Eduardo. Es inútil...

Juana. Inútil? Quiere usted comprar sin conocer?...

Eduardo. No hay medio de evitar... (*Alto.*) Señora, estoy á sus órdenes de usted.

ESCENA VI.

Dichos, JOSÉ.

José. Un desconocido que se apea de su caballo, pregunta por el Sr. D. Dimas. (*A esta noticia, movimiento de confusion en todos menos en doña Juana.*)

Dimas. (*Mirando á Rosa.*) Diablo!

Juana. Pues bien, que pase adelante.

Dimas. No, no, yo voy... ya sé lo que es.

Juana. (*Bajo á su padre.*) Debe ser el novio. Usted no espera á nadie mas que á él.

Dimas. Sin duda. (*Bajo á Rosa.*) Estoy seguro de que es el otro.

Juana. (*A José.*) Hazle entrar al punto.

Dimas. (*A José, siempre muy confuso.*) Espera... prefiero...

- Juana.* Anda, anda, José. (*A don Dimas.*) Voy á recibirle, y mientras tanto, papá, lleve usted al señor á enseñarle el plano de la hacienda.
- Dimas.* Cómo! Que te deje?...
- Juana.* Qué inconveniente hay en eso?
- Rosa.* (*Bajo á don Dimas.*) Imposible!...
- Dimas.* (*A Rosa.*) Lo imposible es evitar la esplicacion... y prefiero no presenciaria. (*Alto á Eduardo.*) Vamos, caballero, venga usted.
- Rosa.* (*A don Dimas.*) Pero abuelito...
- Dimas.* (*A Rosa.*) Déjame: salvo á tu novio... (*Aparte.*) y me salvo yo tambien. (*Se lleva á Eduardo, que se vá haciendo señas á Rosa.*)
- Juana.* Tú, Rosita, anda á decir á Adela que baje.
- Rosa.* Qué... pretende usted?...
- Juana.* Silencio, niña; envíame tu hermana... Despues vete á tu cuarto, y cuidadito con venir á la sala. Me has entendido?
- Rosa.* Sí, mamá: obedezco. (*Aparte al irse.*) Siempre que cree tener un marido para mi hermana, me encierra bajo siete llaves. (*Suspirando.*) Ah! (*Vase.*)
- Juana.* (*Viéndola alejarse.*) Esta chica es muy curiosa... pero yo la corregiré. (*Viendo á don Mariano por la ventana.*) Aquí está nuestro hombre... Yo creí que seria mas jóven... Ay Dios mio! Y cojea!!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DON MARIANO.

- Mariano.* (*Sin ver á doña Juana.*) Demonio de jaca! Pues señor, justamente... esta es la duodécima vez que me juega la misma broma... En cuanto vé una zanja, me tira al suelo... y en seguida la salta. Ahora que estoy solo, voy á ver si me ha estropeado algo... (*Hace ademán de quitarse el frac.*)
- Juana.* (*Aparte con espanto púdico.*) Cielos! Qué vá á hacer? (*Adelantándose.*) Caballero...
- Mariano.* (*Deteniéndose.*) Perdone usted, señora: me creia en la mas completa soledad... Es á doña Juana Roca-verde á quien tengo el honor?...
- Juana.* La misma soy. Su caballo de usted se ha desbocado, y usted ha caído...

Mariano. (Con misterio y vivamente.) Silencio, señora, silencio!... Ha sido una de esas cabriolas ecuestres, de las que nuestro amor propio exige que hablemos en voz baja.

Juana. Pero siéntese usted. (Le acerca una silla.)

Mariano. Gracias.

Juana. (Mientras él se sienta.) Ay amigo mio! Yo me pongo en su lugar de usted, y...

Mariano. Pues no estaria usted muy á gusto. Figúrese usted... Ahora que ha pasado me rio... una zanja adornada de piedras poco preciosas... y de ortigas naturales... La situacion como usted vé, era sobrado punzante...

Juana. (Aparte.) Qué talento tiene! (Alto.) Cuánto le compadezco á usted! Se ha herido usted quizás?

Mariano. De eso iba á cerciorarme cuando... Pero no, creo que todo el mal consiste en haberme apeado... por las orejas.

Juana. Oh! tanto mejor! tanto mejor!

Mariano. (Levantándose.) Señora, ese interés... (Aparte.) Es muy amable la tal doña Juana... demasiado amable á la verdad! Estoy cierto de que tiene una gana terrible de vender la hacienda.

Juana. (Muy amable.) Es esta la primera vez que favorece usted mi casa?

Mariano. Sí por cierto, la primera, y mi venida trae el sello... de la fatalidad. Sin embargo, conozco el pais, porque poseo una quinta en las inmediaciones de esta.

Juana. Ah! Con que posee usted?...

Mariano. Sí señora: tengo la desgracia de ser ya propietario.

Juana. (Sorprendida.) La desgracia!

Mariano. (Sonriéndose.) Artificio oratorio que se refiere al conocido proverbio: quien tiene tierras, tiene guerras.

Juana. Y usted tiene?...

Mariano. Guerra, señora, hace tres años, para impedir que el nuevo camino atravesase mi mejor posesion.

Juana. (Aparte.) Mi mejor posesion! Qué partido tan brillante para mi Adela!

Mariano. Si fuese un camino de hierro, me serviria de utilidad á mí tambien, y pasaria por ello; pero un camino que solo debe ser útil á algunos labradores, y que me ocasiona un perjuicio de veinte mil duros...

Juana. De veinte mil duros?

Mariano. No se figure usted que pondero; al contrario. El antiguo gefe político D. Homobono Largo... (*Con un grito nervioso.*) Ah! perdone usted sino puedo contraer mis nervios al pronunciar el nombre del que me ha hecho perder tanto tiempo, y casi toda mi paciencia. Me habia prometido... porque siempre daba largas el tal Largo, terminar pronto mi asunto; mas no concluia nunca el Sr. Largo. Y ya conoce usted que la amenaza de una pérdida de veinte mil duros durante tres años, es una espada de Damocles algo pesada.

Juana. Cómo! tres años?...

Mariano. Tres años y quince dias ván á la hora de esta. Y yo con todo hacia la corte al señor gefe político; no faltaba á ninguna de sus tertulias, que eran lo mas fastidioso del mundo... En ellas fué donde tuve el placer de encontrar á su señor padre de usted, con una de sus nietas... la señorita...

Juana. Adela.

Mariano. Adela... justamente, y me gusta mucho ese nombre.

Juana. (*Aparte con alegría.*) Mejor que mejor.

Mariano. Así, señora, ya vé usted que no me es desconocida su amable familia.

Juana. No sin duda... Segun eso, y si no me engaño, ya há tiempo que usted abrigaba el objeto misterioso que hoy le conduce aquí.

Mariano. (*Sin comprender.*) El objeto misterioso... há tiempo?... (*Aparte.*) No entiendo una palabra! Ah! Sí! Quiere que pague la hacienda á mas precio! (*Alto.*) Señora, advierto á usted que busco ante todo un terreno que no sea estéril...

Juana. (*Confusa.*) Estéril?

Mariano. Y especialmente productivo.

Juana. Caballero...

Mariano. Sí, especialmente productivo; esto es lo principal. Luego he hecho un cálculo aproximado de lo que yo puedo invertir...

Juana. Por Dios, no hablemos de eso.

Mariano. Y por qué? Yo tengo, como se dice, el corazon en la mano: mis intenciones son rectas.

Juana. Lo cual se vé desde luego.

Mariano. Y cuando haya dado mi palabra, no soy hombre capaz de volverme atrás.

Juana. (*Aparte con entusiasmo.*) Qué franco! Qué amable es!

ESCENA VIII.

Dichos, ADELA muy adornada.

Juana. (*Fingiendo sorpresa.*) Ah! Qué feliz casualidad! Precisamente, hija mia, hablábamos de tí... ó por mejor decir, este caballero era el que tenia la bondad... No te costará trabajo reconocerle... (*Gesto negativo de Adela.*) Tú te acuerdas perfectamente de haberle visto este invierno en las tertulias del gefe político... muchas veces.

Mariano. Va usted á decirme que es una puerilidad, pero yo llevo la mania de la exactitud hasta el fanatismo. Solo una vez tuve el gusto de encontrar allí á esta señorita, y de bailar con ella.

Juana. Bailaron ustedes! (*Bajo á Adela.*) Bailó!

Adela. (*Recordando con trabajo.*) Ah! Sí, sí... ahora recuerdo... Era el domingo de carnaval; mi pareja no vino á buscarme, faltaba quien hiciese cabecera...

Mariano. Y como no habia otro, tuve que salir yo.

Juana. Vea usted qué impresion le hizo á mi hija. Se acuerda del dia... de las circunstancias... (*Cambiando de tono.*) Es usted músico?

Mariano. Aficionado no mas; en cuanto á instrumentos, de cuerda solo toco la campana; y de aire el fuelle.

Juana. Ah! ah! ah! Qué gracioso, qué gracioso es! Pero cantará usted!

Mariano. Algunas veces la *Atala* y la *Bella Palmira*.

Juana. Son dos canciones preciosas! Yo las canto tambien.

Mariano. Yo solo cuando hay ratones en mi casa.

Juana. Ah! ah! ah! (*Bajo á Adela.*) Riéte, niña, y deja ese libro... (*A don Mariano.*) Dispénsela usted, porque es loca por la lectura. Ella es la que tiene una voz... y un método de canto... Ejecuta las piezas mas fuertes, como si se bebiere un vaso de agua, y con la misma facilidad que la *Persiani* y la *Raffaelli*.

Mariano. No tengo el gusto de conocer á esas señoras.

Juana. Cómo! No vá usted nunca á Madrid?

- Mariano.* Jamás he puesto los pies en la córte.
- Juana.* Es muy estraño que no haya usted visto la capital, estando tan cerca, teniendo mérito, talento... siendo rico...
- Mariano.* Señora... (*Aparte.*) Y cada vez nos alejamos mas de nuestro asunto.
- Juana.* No piensa usted en ser diputado?
- Mariano.* Yo diputado? Yo subir á la tribuna? Y que les habia de decir? Cuatro patochadas!
- Juana.* Hay tantos que las dicen! Además, mientras uno es soltero, pase... (*Diciendo lo que sigue, se acerca á su hija, la alisa los cabellos, y arregla el nudo de su corbata para llamar hácia aquella la atencion de don Mariano.*) Pero despues de casado, varian las cosas... Hay que proteger á los parientes... hay que establecer á los chicos...
- Mariano.* (*Aparte muy admirado.*) Adónde vamos á parar?
- Juana.* Entonces es cuando se comprende el valor de un título...
- Mariano.* Permítame usted...
- Juana.* Oh! No es que yo tenga empeño formal, ni mi hija tampoco. No es verdad, Adelita?
- Adela.* (*Confusa.*) Mamá...
- Mariano.* (*Aparte.*) Volvemos al matrimonio? Pues acabemos de una vez. (*Alto, con decision.*) Señora, yo abuso de su estremada amabilidad, y temeria que prolongando mi visita...
- Juana.* No tema usted nada, amigo mio; y para dejarle á usted en libertad, tengo afuera uno que me aguarda para un asunto... para la compra de una hacienda...
- Mariano.* (*Aparte.*) Tendré un competidor?
- Juana.* Iba á pedirle á usted permiso... (*Aparte.*) Es menester dejarlos solos á los dos!

ESCENA IX.

Dichos, JOSÉ con un caja elegante, y DON DIMAS.

- Dimas.* (*Queriendo impedir á José que salga.*) Pero José, cuando te digo...
- José.* Señor, yo no soy ningun bruto, y puesto que me han dado órden de entregar á la señora...
- Juana.* Qué es eso, José? Qué hay?

José. Esta caja que acaban de traer...

Juana. De parte de quien?

José. No han querido decirlo. (*Pone la caja sobre una mesa.*)

Juana. Está bien; vete. (*José se va, y Doña Juana se dispone á abrir la caja.*)

Dimas. Pero, hija, no sabiendo de quien procede...

Juana. Razon mas para cerciorarse de lo que puede ser. (*Abriendo la caja.*) Qué veo! Un album precioso!

Adela. (*Cogiendo un abanico y examinándole aparte.*) Qué abanico tan lindo! Vaya, pues es mas amable de lo que yo creia!

Dimas. (*Aparte.*) Son los regalos de don Eduardo... seguro estaba yo de ello!

Juana. Adelita, mira... (*Tomando un billete que está en el fondo de la caja.*) «Para la madre y la hija!!!» Ah! Qué delicadeza! Qué atencion! (*A D. Mariano.*) Y sin embargo, caballero, tengo que reñirle á usted.

Mariano. A mí?

Dimas. (*Aparte, haciendo señas á su hija.*) Como evitaria yo?...

Juana. Ha hecho usted locuras.

Mariano. Eh?...

Dimas. (*Aparte.*) No hay remedio!

Juana. Aunque locuras de un gusto exquisito.

Mariano. Vá usted á decirme todavía que es una puerilidad, pero llevo hasta el exceso el horror á los logogrifos. Dígame usted la solucion de este. De qué se trata?

Juana. De este obsequio de usted, lleno de riqueza y elegancia.

Mariano. Mío, señora? Y á qué asunto les habia yo de obsequiar á ustedes?

Juana. Con motivo del matrimonio.

Dimas. (*Aparte.*) Cielo santo!

Mariano. Amiga mia, con toda la consideracion que siempre he prodigado á las personas de su sexo de usted, la ruego formalmente que ponga término á esta broma.

Juana. Broma?

Mariano. (*Apoyando en cada silaba.*) Si, señora: bro-ma... é insisto tanto mas en la palabra, cuanto que la creo de una grande exactitud. No teniendo sobre mi conciencia ni el abanico, ni el album, ni mucho menos la fantás-

tica idea de casarme... (*Con galanteria.*) ni aun con esta señorita...

Adela. (*Arrojando con despecho el abanico.*) Es preciso confesar que tengo desgracia!

Juana. Entonces, caballero, á qué viene usted?

Mariano. Mi respuesta será de la mas admirable brevedad; á comprar la hacienda.

Juana. (*Deteniéndose á cada palabra, y con voz interrumpida por la ira.*) Una sola pregunta: Es usted—ó no es usted—el señor—don Eduardo—Gonzalez?

Mariano. (*Imitándola.*) Yo, señora? Yo me llamo—y trataré—de llamarme—siempre—Mariano—Crispulo—Verdeolaga.

Juana. Verdeolaga!... Luego ha habido error? (*Abrazando á Adela.*) Entonces me han engañado!! (*A D. Mariano.*) Ahora que todo se ha esplicado, debe usted comprender...

Mariano. (*Noblemente.*) Comprendo, señora!

Juana. Dígnese usted admitir...

Mariano. Admito.

Juana. (*Llevándose á Adela.*) Ven, hija mia, ven, muestra energia, valor...

Adela. (*Dirigiendo una mirada desdeñosa á D. Mariano.*) No se necesita mucho para consolarse de una desgracia como la mia.

Mariano. (*Aparte.*) Se ha picado... Ya se despiciará... Esa es cuenta suya. (*Doña Juana y Adela se van.*)

Dimas. Caballero, siento en el alma esta equivocacion, y no sé cómo manifestar á usted el disgusto...

Mariano. No se aflija usted por Dios, porque me obligaria usted á afligirme. Ademas, poseo una gran dosis de filosofia, que me hace mirar por buen lado este episodio... campestre. Voy á ver si han arreglado uno de mis estribos, algo padecido por la viveza de mi jaca... (*Misteriosamente.*) Porque es una jaca. (*Saludando á D. Dimas.*) Señor mio, tengo el honor... (*Aparte.*) Dios mio! En qué casa me he metido? Albums, abanicos... *quid pro quos!!!* Luego, esa señora tiene todas las trazas de una intrigante... puede que me equivoque, mas ese es el juicio que he formado de ella. (*A D. Dimas.*) Con que, repito...

Dimas. Yo tambien repito... Cúbrase usted.

ESCENA X.

DON DIMAS, á poco ROSA.

Dimas. Ah! No puedo mas! Qué acontecimiento! qué crisis!
(*En el instante en que vá á sentarse, sale Rosa ligeramente y se lo impide.*)

Rosa. Abuelito! Abuelito! Soy yo! Levántese usted.

Dimas. Pues qué ocurre de nuevo?

Rosa. (*Muy de prisa.*) Sé lo que ocurre, porque hace un cuarto de hora que estaba escuchando ahí. (*Señalando á la pieza de al lado.*) Mamá me cree en mi cuarto; así no he querido verla... Las cosas van de mal en peor, no es verdad? Pero usted puede salvarlo todo.

Dimas. Yo? Cómo?

Rosa. Escuche usted... Vá usted á correr con todas sus fuerzas detrás de ese don Mariano; le alcanza usted, le habla... en fin, hace usted lo posible por decidirle á casarse con mi hermana... (*Movimiento de D. Dimas.*) Si no lo consigue usted, dígame que tengo que comunicarle noticias de la mas alta importancia... y tráigale usted, abuelito, tráigale usted muerto ó vivo.

Dimas. Muerto ó vivo? Qué cabeza! Estás loca?

Rosa. Corra usted, abuelo... sino será tarde, y habrá partido. (*Le coge por el brazo, y le hace andar lo mas ligero que él puede.*)

Dimas. (*Corriendo con trabajo.*) Vamos, vamos... ya voy... ya corro... lo mas de prisa que me es posible.

ESCENA XI.

ROSA sola.

Y á eso lo llama correr! Ay, Dios mio! No le alcanzará jamás... y si ese señor se marcha, todo se ha perdido. Abuelo! si no es por ahí... Adónde vá, adonde?... (*Abre la ventana, y mira.*) Ah! allí está don Mariano disponiéndose á montar á caballo... Si yo le llamase... Caballero! Caba-

llero! (*Con alegría.*) Me ha oído!! (*Le saluda.*) Sí, sí, yo soy la que le llamaba á usted. (*Muy contenta.*) Ya vuelve, ya vuelve... Qué felicidad! Ay! Y qué le voy á decir?... No lo sé! No importa... Yo seré elocuente.

ESCENA XII.

Dicha, y DON MARIANO.

Rosa. (*Con timidez.*) Perdóne usted que me haya tomado la libertad...

Mariano. (*Con mucha amabilidad durante toda la escena.*) No me ofendo, señorita, al contrario... me gusta mucho que las señoritas me detengan... (*Aparte.*) sobre todo cuando son tan lindas como esta.

Rosa. No me conoce usted?

Mariano. Mi falta es reparable, y...

Rosa. Es tan poderoso el motivo que me impulsa!... El interés de mi hermana!

Mariano. Aaah! Con que usted es hermanita de?...

Rosa. De Adela.

Mariano. Con el nombre de?...

Rosa. Rosa.

Mariano. Rosa? Nombre providencial! (*Aparte.*) Es preciosa esta chica!

Rosa. (*En voz baja y con espresion.*) Lo sé todo!

Mariano. Todo? Mucho es!

Rosa. Pero usted ignora el estado en que se encuentra mi infeliz hermana... Usted ignora sus padecimientos... Usted no vé sus lágrimas!!

Mariano. Ah!... De veras se ocupa en llorar en este instante?

Rosa. Sí, señor, y todo eso por usted... por usted solo!

Mariano. Por lo visto, es muy sensible su hermanita de usted!

Rosa. He presenciado su dolor, y no he podido resistir á él. Entonces me decidí á hablarle á usted... porque... porque á pesar de lo que ha pasado, yo tengo siempre muy buena opinion de usted.

Mariano. Ojalá pueda yo consolidar esa lisonjera hipótesis! (*Aparte.*) Es un tesoro la muchacha!

Rosa. Confieso que á primera vista su cara de usted no es de esas que atraen; pero despues se adivina facilmente la bondad que hay en su corazon.

Mariano. Con usted sucede al contrario, señorita; desde el principio ese bellissimo rostro le seduce y le conquista á uno.

Rosa. De veras? Pues bien, ahora que somos buenos amigos, sentémonos y hablemos. Por qué no se quiere usted casar ya con mi hermana?

Mariano. Ya? (*Se rie.*) Me parece que esa palabra...

Rosa. A la cual yo responderia, en su caso de usted, con la franqueza de un hombre honrado.

Mariano. (*Sonriéndose.*) De un hombre honrado?

Rosa. Sí, claramente; y sin rodeos. Conque...

Mariano. (*Aparte riéndose.*) Es diabólica! (*Alto.*) Con que señorita... (*Buscando su nombre.*) señorita...

Rosa. Vaya! Pronto lo ha olvidado usted! Rosita!

Mariano. Perdone usted, Rosita, no lo volveré á hacer... quiero decir, no lo volveré á olvidar.—Una vez que es preciso hablar con el corazon en la mano... No quiero YA casarme con su hermana de usted, porque NUNCA he pensado en ello, y porque JAMÁS me habia ocurrido semejante idea.

Rosa. Es muy posible; pero á otros les ha ocurrido... otros han pensado, otros han hablado por usted... Asi, mamá y mi hermana creyeron que venia usted para una entrevista, para un matrimonio...

Mariano. No, por cierto: yo venia por hacienda, y no por muger. Ha sido un *quid pro quo* agrícola y matrimonial.

Rosa. Lo uno no quita á lo otro. Quería usted comprar las tierras, no es verdad? Pues se casa usted con mi hermana, y las adquiere de ese modo.

Mariano. (*Aparte.*) Sí, hay gentes que harian esa ligera tontería! (*Alto.*) Y á usted, Rosita, no piensan en casarla?

Rosa. No se trata de mí ahora.

Mariano. Y por qué no? No queria usted que hablase con franqueza? Yo soy el hombre mas claro que hay en el mundo.—Solo há cinco minutos que la conozco á usted, y si fuese usted con quien me hubiere de casar, con dote ó sin ella... mi palabra de honor, no vacilaria un momento.

Rosa. (*Aparte.*) Vaya! Como otros tantos!

Mariano. Porque en el matrimonio es preciso no atender siempre á la dote.

Rosa. La de mi hermana es muy bonita.

Mariano. Sí, pero el caracter...

Rosa. Y bien?

Mariano. La dote, perfectamente; mas el caracter es el anti-dote.

Rosa. Qué error! Si supiese usted qué buena, qué amable, qué dulce es la pobre Adela!

Mariano. Entonces habré yo llegado en mal dia... porque al marcharse me lanzó un epigrama... sangriento.

Rosa. Dictado sin duda por el pesar, por el despecho; y que prueba la profunda impresion que usted ha hecho en su alma.

Mariano. Pues aseguro á usted que ha sido sin intentarlo.

Rosa. Ah! Es que esa impresion data de muy atrás.

Mariano. De atrás?

Rosa. De este invierno... de los bailes del gefe político, del rigodon...

Mariano. Cómo?... Un solo rigodon ha bastado... para?...

Rosa. Sí, señor... Ya se vé, usted lo estraña, porque los hombres necesitan siglos para inflamarse...

Mariano. No siempre, no siempre; y conozco que á su lado de usted, Rosita... (*Se acerca.*)

Rosa. Haria usted mal, porque yo no valgo lo que mi hermana... No, no; no valgo ni la mitad. Mi caracter es ligero...

Mariano. Eso es muy facil de corregir.

Rosa. Me enfado con frecuencia...

Mariano. No me asustaria yo!

Rosa. Me enfurezco dos ó tres veces al dia.

Mariano. Yo seria su calmante de usted.

Rosa. Le trataria á usted mal.

Mariano. Si á mí me gusta que me peguen.

Rosa. Luego soy gastadora.

Mariano. Y yo rico.—Vamos, encantadora Rosina, deje usted que yo sea su Lindoro! (*Vá á besarla la mano.*)

Rosa. (*Deteniéndole.*) Qué hace usted? Mi abuelo viene. Recuerde que él supone que usted está aqui por mi hermana... No lo olvide usted... (*Mirándole con ternura.*) Yo se lo ruego... (*Con mucha coqueteria.*) Yo se lo suplico.

Mariano. (Aparte.) Es posible?... Qué espresion! Qué mirada!... Me fascina completamente!

ESCENA XIII.

Dichos, DON DIMAS.

Dimas. (Sale muy sofocado.) Ah! allí está!... (*A Rosa.*)

He buscado al señor por todas partes. (*Se sienta.*)

Rosa. Y él estaba aquí! Pobre abuelito! Cómo suda usted! (*Saca un pañuelo, y mientras le enjuga la frente le dice á media voz.*) Le he hablado... tengo esperanzas! Ayúdeme usted un poco. (*Rosa mira á Don Mariano fija y tiernamente como para dominarle.*)

Mariano. (Aparte.) Sus ojos tienen un poder magnético! Me han clavado en este sitio!

Rosa. Abuelo, ha ocurrido un gran cambio; en un cuarto de hora que he hablado con el señor, se ha vuelto muy razonable. (*Le mira de nuevo.*)

Mariano. (Aparte.) Cuanto mas me mira, mas clavado me siento! Cada ojeada es un verdadero martillazo!

Rosa. (Bajo á D. Dimas.) Vamos, abuelo, dígame usted algo.

Dimas. (Levantándose.) Caballero, lo que acabo de saber me causa el mas vivo placer...

Mariano. (Aparte.) Pues si el abuelito se mete en esto...

Dimas. Adela agradecerá infinito...

Mariano. (Aparte.) Creerá él tambien que me fascina?

Al contrario, me desclava... y me marchó. (*Vá á tomar el sombrero.*)

Dimas. (A Rosa.) Ay Dios! Se va!

Rosa. (A D. Dimas.) No tema usted! Ya volverá! (*A don Mariano con mucha coqueteria.*) Sr. D. Mariano?

Mariano. (Deteniéndose.) Señorita? (*Rosa hace con gracia seña á D. Mariano de que venga á su lado; y él se aproxima poco á poco, como atraído por un poder magnético.*)

Dimas. (Aparte con alegría.) Vuelve! Vuelve!

Rosa. Vamos... otro pasito... otro... bien!...

Mariano. (Aparte.) Pues señor, ya estoy clavado de nuevo!

Rosa. Abuelo, el señor reconoce sus faltas...

Mariano. Permítame usted... antes de reconocerlas, es preciso que yo sepa cuales son.

Rosa. (*Mirándole fijamente.*) Reconoce sus faltas, y solo desea repararlas.

Mariano. (*Débilmente.*) No tal.

Rosa. (*Bajo á él.*) Sí tal; sí tal.—Ademas, qué es lo que se exige de usted?

Dimas. Sí; que es lo que se exige de usted?

Mariano. Sí; qué es lo que se exige de mí?

Rosa. Solamente algunas disculpas corteses... ó una carta muy sencilla...

Mariano. Una carta? No la escribiré!

Rosa. La escribirá usted!

Mariano. Yo?

Dimas. (*Colocándose entre los dos.*) Caballero!

Rosa. (*Cogiéndole por el brazo y alejándole.*) No se meta usted en esto, abuelo; déjeme usted á mí. (*A D. Mariano mirándole siempre.*) Vamos, mi querido don Mariano, aquí tiene usted todo lo que se necesita; una pluma excelente; yo la he cortado... escriba usted. (*Le conduce á la mesa y le hace sentar.*)

Mariano. (*Aparte.*) Es extraordinario! Ya estoy sentado... ya tengo la pluma... (*Mirando á Rosa.*) escribo... hasta me ocurren ideas... y apuesto que es ella quien me las comunica.

Rosa. (*Mirando lo que escribe.*) Bien... muy bien! Alguna otra frase amable... cumplimientos sobre todo...

Dimas. Sí, cumplimientos... muchos cumplimientos! (*Llama.*)

Mariano. Ya ve usted que me pinto solo para...

Rosa. Estoy contenta, muy contenta!

Mariano. Y yo no sé como estoy. (*Dá la carta á Rosa, y dice en tono solemne.*) He aquí la epístola del arrepentimiento!

Rosa. (*A un criado que ha salido.*) Lleve usted eso corriendo á mi hermana.

Mariano. (*Aparte.*) Por otro lado, algunas líneas de cortesia no obligan á nadie á casarse.

ESCENA XIV.

Dichos , DOÑA JUANA.

Juana. (Viendo á D. Mariano, y con sorpresa.) Cómo, señor mio, todavía aquí?

Mariano. Sí señora, todavía... (Se vuelve á sentar, cruzando los brazos.)

Juana. Y tú, niña, á quien creía arriba?...

Rosa. Mamá, es que...

Dimas. (Bajo á Doña Juana.) No te enfadarás con nadie, hija, cuando sepas lo que hemos hecho... Al contrario... con que Adela diga una palabra, basta para que sea su esposa.

Juana. (Dulcificando su tono, y á D. Mariano que apoya la cabeza en ambas manos.) Sería posible!... Habrá usted querido?...

Dimas. (Viendo al criado.) Aquí está el mensajero! José... Y la respuesta?

José. Esta es, señor. (Deja caer la carta hecha pedazos.)

Dimas. La ha roto? Sin haberla leído?

Mariano. (Levantándose.) Sin haberla leído? Sabe usted que es grande, sublime?... Y por otro lado es una grosería... (Enfureciéndose.) Pero tanto mejor... eso me devuelve mi dignidad de hombre... eso me... Adios, señores. (Vá á tomar su sombrero.)

Juana. Mi hija! Mi pobre hija! (A D. Mariano.) Caballero, usted tiene la culpa; usted estuvo muy imprudente; además, quien sabe lo que diría usted en la carta?

Mariano. (Furioso.) Señora, yo no decia sino cosas muy admitidas!

Dimas. Y puesto que ella no la ha leído...

Juana. Es verdad! Entonces no sé á qué atribuir... Mas voy á ver á la niña... Necesito hablarla... interrogarla! (A D. Dimas.) Papá, deténgale usted aun algunos instantes. (Vase.)

ESCENA XV.

Dichos , menos DOÑA JUANA.

Mariano. Suceda lo que sucediere , yo voy á buscar mi jaca. (*Se dirige hácia la puerta.*)

Dimas. (*Poniéndose delante, y abriendo los brazos para impedirle que salga.*) Caballero, no saldrá usted!

Mariano. (*Enérgicamente.*) Anciano, como hombre le aprecio á usted ; pero como barricada le tengo en muy poco. (*Hace dar una vuelta á D. Dimas.*)

Rosa. (*Que ha ocupado el puesto de D. Dimas, y abre los brazos tambien.*) Amigo mio...

Mariano. (*Deteniéndose y mirando á Rosa con una especie de respeto.*) Otra barricada que es menester salvar por un método mas delicado. (*Con galanteria.*) Señorita , tiene usted la bondad de dejarme pasar ?

ESCENA XVI.

Dichos , DON EDUARDO.

Rosa. Eduardo, ayúdeme usted á detener al señor.

Mariano. Tercera barricada ! (*A Eduardo en tono amenazador.*) Caballero , no se lo aconsejo á usted... porque no siendo un anciano... ni menos una señorita , me veria obligado...

Dimas. Sabe usted con quien habla ?

Mariano. No señor... ni me importa!

Dimas. Pues voy á decírselo. El señor es su cuñado de usted.

Mariano. Mi cuñado ?

Dimas. Futuro !

Mariano. (*Con indignacion.*) Futuro ?

Dimas. Ciertamente ; tengo dos nietas , no es verdad ? Si, cumpliendo con lo que su delicadeza le exige, se casa usted con la mayor, este caballero se casará con la segunda. ¡Y qué cuñado tendrá usted!

Mariano. Pues qué tiene de particular ?

Dimas. Es nuestro nuevo gefe político!

Mariano. (Vivamente.) Cómo! Qué? Qué ha dicho usted? Gefe político? Sucesor del señor Largo?

Eduardo. Justamente.

Mariano. Por qué no acababa usted de explicarse? En ese caso, no me separo de usted, no le suelto hasta que haya usted decidido...

Eduardo. El qué?

Mariano. Cáspita! Mi asunto! Mi camino! Mis veinte mil duros!

Rosa. Un instante... un instante! Tenemos un negocio mas urgente que terminar primero.

Dimas. Si señor, mucho mas urgente.

Mariano. Y cuál?

Rosa. Un matrimonio.

Mariano. No tal, mi camino.

Rosa. (Volviendo á mirarle fijamente.) Piénselo usted bien, señor don Mariano. Cuando se case...

Dimas. De cuñado á cuñado...

Mariano. Ah! Sí! Ya comprendo! Quieren ustedes que sea el matrimonio el que conduzca al camino, y no el camino al matrimonio? (*Aparte.*) En efecto, con tal que yo logre... los veinte mil duros, y el gefe en mi bolsillo...

Rosa. Vamos, vamos.

Mariano. Tengo sobre el corazon los pedazos de esa carta. Aun no los he digerido!

Rosa. Esa carta rota? Y no es la prueba mayor del cariño que mi hermana le profesa á usted?

Mariano. Buen cariño!

Rosa. Sin duda! Ella queria obligarle á usted á que la viese, á que se explicasen... (*Viendo á Adela que sale conducida por su madre.*) Qué tal? Mirela usted: ella misma viene.

Mariano. Sí, por su gusto, y mi esfuerzo... conducida por la mamá...

Rosa. Vaya... hablela usted... caiga usted á sus pies!

Mariano. (A Rosa.) Es absolutamente necesario que caiga?

Rosa. Es de rigor!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, DOÑA JUANA y ADELA.

Juana. (Bajo á Adela.) Ven, hija mia, ten confianza en tu madre. (*Alto á D. Mariano.*) Ya lo vé usted... no me ha costado poco persuadirla de que una mala inteligencia...

Mariano. (Turbado, y bajo la influencia de Rosa, que le hace señas.) Sí, señorita... usted habia... no, yo era el que habia... al contrario... ustedes habian... en fin, usted conocerá que solo una mala inteligencia... y no otra cosa... por último, si usted fuese tan amable que disculpara...

Adela. A la verdad, no sé si debo...

Mariano. Cómo?

Juana. Vamos, niña; puesto que don Mariano se arrepiente con sinceridad...

Mariano. El diablo me lleve si sé de lo que me arrepiento! (*Aparte.*)

Dimas. Puesto que te ofrece con su fortuna y su mano la reparacion mas completa...

Eduardo. Ah señorita! Permita usted que yo me una á toda una familia en la cual me envaneceria de entrar...

Mariano. (A Eduardo.) Bravo, querido cuñado!

Rosa. (A D. Mariano.) Pronto, de rodillas!

Mariano. Es este el momento de caer? (*Cae á los pies de Adela.*) Señorita...

Dimas. Adela!

Juana. Hija mia!

Rosa. Hermana!

Eduardo. Podria usted resistirse?...

Adela. (Mirando á D. Mariano con ternura.) Ya que todo el mundo lo desea... Ademas, creo que solo tendré que felicitarme...

Mariano. Señorita...

Adela. El señor don Mariano parece muy buen sugeto.

Mariano. Señorita...

Adela. Es amable... (*Aparte.*) Aunque podria ser mejor mozo!... (*Alto.*) muy amable!

Mariano. Señorita! (*Bajo á Rosa, despues de besar la mano*

á Adela.) Puedo levantarme ya? (*Rosa le indica que sí.*)

Juana. Hija, estoy por llorar!

Dimas. (*Aparte.*) Al fin, ya está casada... y tú también por consecuencia. (*A Rosa.*)

Mariano. (*Aparte.*) No he perdido el día... He logrado la hacienda, una esposa, y un cuñado jefe político! Esto se llama tener fortuna!

Rosa. Tanta dicha poco vale!

Mariano. Mire usted con lo que sale!

Rosa. Claro es. Quizá sabe usted si hay por ventura quien dé aquello que ambicionamos?

Mariano. A averiguarlo ahora vamos.

Nada, valor, y clarito!

Rosa. Pues bien, lo que necesito aunque me ponga encarnada, es... una pobre palmada!

FIN.

1840

Received of the Honble East India Company
the sum of Ten thousand Rupees
for the purchase of the
Government of the
Province of the
Bengal Presidency
in the year 1840

Witness my hand and seal
this 10th day of
October 1840

James Mackintosh
Secretary to the Government

eto de estado.
as de un coronel.
el Veronés.
de la tempestad.
la improvisada.
no el tapicero.
solterones.
bre mas feo de Francia.
oledana.
ar.
go de una madre.
morias del diablo.
sa con dos puertas.
n bofetones.
n vedado.
ario.
por interés.
r me vuelvo.
en padre.
o de Bilbao.
vell.
y Paulina.
via de palo.
a, viuda y casada.
testante.
na de Médicis.
allero de industria.
bal el leñador.
ela de Belle-Isle.
uelo.
édico y la huérfana.
eto del hambre.
oscripto.
gollacion de los inocentes.
os celosos.
ómicos del rey de Prusia.
adía de Castro.
ombre de bien.
arcajada.
ro.
ecreto de familia.
aventura de Carlos II.
olinera.
ercader flamenco.
cretario privado.
sterna de Alby.
cadena.
r y nobleza.
mo Perez y Felipe II.
fo.
e venga sus agravios.
ni.
er y cobrar el cetro.
ce años despues.
o el novicio.
zelos.
rimito.
lia la ciegucecita.
solitarios.
toja y el encojido.
Batuecas.
ñal del Godo.
onia.
mejor razon la espada.
molino de Guadalajara.
caballo del rey D Sancho.
bruja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegri.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña Maria de Molina
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillermo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Houira y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gáta muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
Maria Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no
venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Pian-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independentes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoría.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
 La oliva y el laurel.
 La loca de Londres.
 Las colegialas de Saint-Cir.
 La feria de Mairena.
 Elisa, ó el precipicio, de Bessact.
 El carcelero.
 Probar fortuna.
 Ya murió Napoleon.
 El que se casa por todo pasa.

Pedro Fernandez.
 El libelo.
 Los tres enemigos del alma.
 Bandera negra.
 La copa de marfil.
 La prensa libre.
 La parte del diablo.
 Memoria de un padre.
 Cuando se acaba el amor.
 El fanático por las comedias.

Floresinda.
 Juan Tenorio.
 Periquito entre ellos.
 El diplomático
 El parador de Bailen.
 La veneciana.
 La venganza de un peche
 Beltran el napolitano.
 Españoles sobre todo.
 La accion de Villalar.

Alemas de las comedias espresadas se han publicado ciento hasta hoy 1.º de abril de 1847, cuyos titulos y precios constan en los catálogos que se dan gratis en las librerías que se citan.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 150 rs.

75 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerías de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alcoy, Marti Roig.--*Alicante*, Ibarra.--*Almeria*, Alvarez.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Baeza*, Alhambra.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia.--*Burgos*, Arnaiz.--*Cáceres*, Burgos.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*, Berard.--*Coruna*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Granada*, Sanz.--*Habana*, Urban Ramos.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen* Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logroño*, Verdejo.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar y Medina.--*Murcia*, Gishbert.--*Ovense*, Novoa.--*Oviedo*, Longoria.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gishbert.--*Pamplona*, Erasun.--*Plasencia*, Pis.--*Ronda*, Moreti.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya é Hidalgo.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Mallot.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormitague.--*Zamora*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Fíguro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragón: un tomo, 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de D. José Zorrilla: 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

— de **D. Tomas Rodriguez Rubí**: un tomo, 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas-originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.